

Las flores de las montañas.  
 Los ramages de las selvas.  
 Quizá algun párroco anciano,  
 Patriarca de aquella aldea,  
 Noble pontífice augusto,  
 Canta la misa, y corean  
 Los cantos del organista  
 Las mas virtuosas doncellas.  
 Sobre el altar, el Dios niño  
 En un pesebre se ostenta;  
 ¡Entre la paja y el heno  
 El, Rey de cielos y tierra!  
 Sonríe á su jóven madre,  
 Eterno sol de belleza,  
 Y luce un íris de gloria  
 En el oro de sus crenchas.  
 Sus ojos que han encendido  
 Los chispeantes planetas  
 Que tachonan luminosos  
 Aquel trono en que se asienta  
 Su Padre que está en los cielos;  
 Y su frente—¿á do me lleva  
 La espresion pura, inefable,  
 De la gratitud mas tierna?  
 Ese Dios niño es imágen  
 No mas de Aquel que viniera  
 A salvar la especie humana  
 Cumpliendo santa promesa.  
 Que en tanto, en la altiva Roma,  
 Entre una corte soberbia,  
 Ostentaba un gran monarca  
 La magestad cesaréa;  
 Nació Jesus, no en las gradas  
 Del sólio, de stirpe régia,  
 Allá en un portal humilde,  
 Nació en Bethem de Judea.

## II.

## AUSENCIA.

(San Antonio del Potrero, Enero 1.º de 1853.)

## I.

¡Qué grandiosidad! ¡qué pompa!  
 ¡Qué magnífico espectáculo!  
 ¡Las bellezas del paisaje  
 Causan á la mente pasmo!  
 El cerúleo firmamento  
 Puro, trasparente, diáfano,  
 Cual la alcoba de cristales  
 Del Hacedor del espacio.  
 Luciendo al brillar la lámpara  
 Del sol ígneo y soberano,  
 Miéntras al dia enamora  
 Nube de armoniosos pájaros.  
 Y acá en la tierra una bismo,  
 Y en torno un anfiteatro  
 De inmensas moles graníticas,  
 Que tajó tal vez el rayo  
 De aquel Obrero divino  
 Cuyo agente es el relámpago;  
 A quien sumiso obedece  
 El huracan irritado;  
 Cuya voz truenan en las roncadas  
 Tempestades; el Dios Santo,  
 Cuya pisada se siente  
 El terremoto anunciando;  
 Quien agrandó las montañas,  
 Quien domeñó el oceano  
 E hizo brotaran los bosques,  
 La luz, los cielos, los astros,



Y tantas magnificencias,  
 Con solo entreabrir los labios,  
 Y sustenta el Universo  
 En la palma de sus manos.  
 Dios, que en la naturaleza  
 Se oculta para asombrarnos  
 Con infinitos misterios,  
 Con infinitos arcanos;  
 Derramó pródigo y grande  
 En estos lugares gratos  
 Fertilidad y riqueza,  
 Cual su espléndido regalo.  
 Manifestacion ubérrima  
 Del lujo extremo y bizarro  
 De tropical tierra ardiente,  
 De suelo rico y galano.  
 Selvas con la edad del mundo,  
 Cataratas que tronando  
 Entre las peñas bravías  
 Se desgajan sin obstáculo.  
 Sobre insondables abismos  
 Columnatas de peñascos,  
 En donde los negros bosques  
 Descuellan con fiero garbo.  
 Bosques, guaridas de esbeltos  
 Gallardísimos venados,  
 Y de cabras montaraces,  
 Y de salvages leopardos.  
 Las águilas en los riscos  
 Detienen su vuelo raudos,  
 Y cantan dulces gilgueros  
 En grutas de verdes pámpanos.  
 Allá en el fondo estupendo  
 Del tan profundo barranco,  
 Blanquea alegre casita  
 Entre el espeso arbolado.

La floresta lo circunda  
 Y forman doquier gallardos  
 Linda y dilatada huerta  
 Como seiscientos naranjos.  
 Descuellan los aguacates,  
 Los mameyes, los guayavos,  
 Los chicos y las palmeras,  
 Los cafetos y los mangos,  
 Las aéreas galerías  
 De los sonoros plátanos.  
 Y enredaderas gigantes  
 Surgen floridas trepando,  
 Y cuelgan sus pabellones  
 Sobre los tupidos ramos.  
 Corren rumorosas aguas,  
 Cantan alegres mulatos,  
 Y gimen tristes palomas  
 En los sitios solitarios.  
 La vegetacion embriaga,  
 Y en algunos entreclaros  
 Se divisan los paisajes  
 De los lugares cercanos.  
 Se oye el estruendo del agua  
 Y se ven cruzar volando  
 Las guacamayas garbosas,  
 Los cardenales bizarros,  
 Calandrias, garzas gentiles,  
 Zenzontlis, gorriones pardos,  
 Lindas urracas azules,  
 Colibríes tornasolados.  
 Al márgen de undoso arroyo  
 Corren los tímidos ganzos,  
 O en las ondas se zabullen  
 Con gentileza nadando.  
 Los verdes cañaverales  
 Cubren mas léjos ufanos



Las risueñas praderitas,  
 Los primorosos collados.  
 En una cañada umbría  
 Corre un torrente agitado,  
 Y es lúgubre la arboleda  
 De aquel agreste barranco;  
 Por su salvaje aspereza  
 Es un sitio asaz romántico.  
 Por bien áspero camino,  
 Mas y mas siempre bajando,  
 Entre murallas marmóreas  
 Cruza un río, y causa espanto  
 Esa altísima montaña  
 Por su aspecto tan uraño;  
 Que es albergue de bandidos,  
 Segun cuentan los serranos.  
 "La cascada de los sauces"  
 Es comò un sitio encantado;  
 Parece nunca los hombres  
 Aquella arena pisaron.  
 Solo siempre, siempre solo,  
 Dejando errar mi caballo,  
 Me ha sorprendido la noche  
 En mi adorada pensando.  
 Por la montaña perdido,  
 Cediendo á no sé que encanto,  
 Que en la soledad mas tiernos  
 Son los amantes, mas castos.  
 Y me placen, me enagenan  
 Mis paseos solitarios,  
 Pues al rayo de la luna  
 Como triste sombra vago  
 Entre árboles y entre rocas,  
 Recordando, recordando.

## II.

En vano ván cual mísera  
 Plegaria lastimera,  
 Mis doloridos cánticos  
 Cruzando por la esfera,  
 Si no los oyes tú.  
 En vano es que los pájaros  
 Dejen oír canora  
 Su misteriosa música  
 Al desceñir la aurora  
 Su túnica de luz.

En vano que aromáticas  
 Ostenten sus colores  
 Y exhalen siempre púdicas  
 Las campesinas flores  
 Su aroma virginal.  
 En vano es broten límpidas  
 Cascadas rumorosas,  
 Se columpien los céfiros  
 Durmiendo entre las rosas  
 Con perezoso afán.

En vano es luzca cándida  
 La soñolienta luna,  
 Cual sonrisa entre lágrimas  
 De amante sin fortuna,  
 De vírgen sin amor.  
 Todo lo envuelve un fúnebre  
 ¡Ay Dios! triste sudario,  
 El alma gime huérfana  
 Y gime solitario  
 Tambien el corazón.



Pasan las horas lánguidas  
 Sin luz, calor, ni vida,  
 Sin ver el rostro angélico  
 La faz siempre querida  
 De mi gentil beldad.  
 ¡Oh cruel ausencia tétrica,  
 Acorta el fiero plazo,  
 Has que en amor dulcísimo  
 Nos ligue estrecho lazo,  
 Sin desunirnos mas!

Llegue hasta Dios tu súplica,  
 Prenda adorada mia,  
 Pues, pura cual los ángeles,  
 Será de mas valia  
 Tu mística oracion,  
 Que esa plegaria férvida  
 Del triste que te adora  
 Como su dicha única,  
 ¡Oh mi gentil señora!  
 Mi inolvidable amor.

¡Cómo corre tristísima  
 La mísera existencia,  
 Sin un recuerdo plácido,  
 Sin mútua confidencia  
 De amor ó de amistad!  
 Tu imágen es el bálsamo  
 De mi afligido pecho,  
 Mas entre luchas hórridas  
 Y en lágrimas deshecho  
 Te busco sin cesar.

## III.

Dicen que ausencia temida  
 Es imágen de la muerte,  
 Mas quien bien ama no olvida,  
 Es superior á la suerte  
 En las luchas de la vida.

Por tener una alma pura  
 Como el cáliz de una rosa,  
 Te amé, jóven sin ventura,  
 Y en tu existencia doliosa  
 Sembré abrojos de amargura.

Laurel de gloria esplendente,  
 Luz de ilusiones divinas  
 Para tí anhelé ferviente,  
 Y una corona de espinas  
 ¡Ay! te he ceñido en la frente.

Del pensil de los amores  
 Te crecí la flor del alma  
 Y, sin gozar sus primores,  
 Del mártir la verde palma  
 Abrazaste entre dolores.

Tú esperabas de mi acento  
 Una armonía bendita,  
 Y en vez del dulce conuento  
 Mi harpa doliente y proscrita  
 Exhaló triste lamento.



Apénas tu casto aroma  
Aspiré, gentil violeta,  
Y el llanto á tu rostro asoma,  
Que no fué para el poeta  
El amor de una paloma.

Flores y aromas querias  
Y en tu esperanza burlada,  
En vez de esas alegrías  
Sobre tu frente apenada  
Cayeron lágrimas mias.

Un templo de amor fingiste  
Allá en porvenir de gloria,  
Porque á mí contar me oiste  
No sé que amorosa historia,  
Ilusion de una alma triste.

Rosa de perpétuo encanto,  
Triste y aislada ¿qué sientes?  
Tu rocío fué mi llanto;  
Dicen no hay almas ausentes,  
¿Pues por qué padeces tanto?

Hasta el cielo, Elodia mia,  
Juré, dulce amor, quererte.  
Y te amaré hasta que un dia  
En la almohada de la muerte  
Unda mi cabeza fria.



## SOUVENIR.

[San Antonio del Potrero, Febrero 2 de 1853.]

Esta tranquila soledad que un dia  
Fuera un tesoro para el alma mia  
De luz, de sombra, de misterio y paz;  
Estos sitios amados  
Hoy los miran mis ojos desolados  
Cual páramos de horrible soledad.

Esta casita, oasis de verdura,  
Lugar querido en horas de ventura,  
Hoy cementerio de mis glorias es.  
La familia querida,  
Todo lo que hace plácida la vida  
En la ausencia me viene á entristecer.

Cuando gime en los campos solitaria  
El harpa del pastor, cuya plegaria  
Tiene tan melancólica espresion;  
Cuando declina el dia,  
Con vaga espiritual melancolia  
Me pongo á recordar lo que pasó.

Las desventuras, por mi bien, sufridas,  
Su santo amor, sus lágrimas vertidas,  
La historia de su triste juventud.  
Angel que me custodia,  
¿Por qué me amó la celestial Elodia  
A mí, la sombra de su cielo azul?

Leyendo el *Solitario* pensé un dia  
Cuanto su Elodia á tí se parecia  
Y Elodia desde entónces te nombré.



Tras ruegos mil y súplicas no avaras  
Logré, mi dulce amor, me tutearas  
Cual alma y vida de tu propio ser.

Era en el día de San Juan. ¡Cuán triste  
Llegó la tarde y á tus piés me viste  
Con la ansiedad del corazón gemir,  
Cuando cediendo á mi amoroso anhelo  
Cortaste un rizo de tu blondo pelo  
Y sonrojada me lo diste al fin.

Tengo un pañuelo tuyo, perfumado  
Con ese de tu seno delicado  
Aroma embriagador y virginal.  
Iba á partir fatídico y sombrío  
Y tu santo rosario al cuello mío  
Pusiste ¡ay Dios! con religioso afán.

Las flores de tu eden están marchitas,  
Mas cual reliquias de tu amor benditas  
Supercioso las conservo yo.  
Leo y releo en mis infaustas horas  
Las cartas tuyas, en que siempre lloras  
Pedazos ¡ay! del triste corazón.

Pesada cruz fatiga nuestros hombros,  
Mas del mismo Universo en los escombros  
No olvidaré tus lágrimas jamás.  
Sigamos sí por dolorosa vía  
Que está el Calvario lejos todavía;  
¿Nunca al Tabor nuestra alma ascenderá?

## DICHA CELESTE.

(Casa de mi amada, Febrero 12 de 1853.)

## I.

Ya asoma en la llanura Guadalajara ¡oh dicha!  
Las cúpulas hermosas de sus iglesias santas;  
Penetro en su recinto y tocan ya mis plantas  
Del hogar de mi Elodia el venturoso umbral.  
Ya estoy entre sus brazos y la emoción me ahoga,  
Mujer que así del alma del que te amó dispones,  
Vuelvo, torno á tu lado con tantas ilusiones  
Para no separarnos en la existencia mas.

Si han ajado las penas mi dolorida frente,  
Si quemaron las lágrimas sin tregua mis mejillas,  
Si envejecí en la ausencia, tu amante de rodillas  
Te dice. reconócame, tu amante bardo soy.  
Fácil es desconozcas mis pálidas facciones,  
Destruyen esos días de pena y desencanto,  
¡Léjos de tí sufria tan hórrido quebranto!  
Ven, escúchame, tócame, conócame, mi amor.

Si ves correr mis lágrimas del júbilo del alma,  
Intérpretes tan solo diránte mi ternura:  
Si estoy aquí á tus plantas olvida esa amargura,  
No mas tormentos hórridos, prenda del alma, ven.  
Canta, ríe, delira, delira entre mis brazos,  
No temas, como á un ángel del cielo te respeto:  
Para ese mundo infame mi amor no es un secreto,  
Dios sabe cuanto es puro, bendito está por El.

¡Felicidad del ángel, iguálate á mi dicha!  
¡Cuán bella estás, cuán santa, mi mágico tesoro!  
Dime, cien veces dime: "mi vida, yo te adoro,"  
Y el cielo al escucharte sus puertas me abrirá.



Dulcísimo amor mio, mírame, te lo ruego,  
 ¡Así! lancen tus ojos mas luz para embriagarme,  
 No dejes un instante, mi bien, de acariciarme  
 Con esos ojos bellos que tal placer me dán.

(Casa de las Berruecos, Febrero 13 de 1853.)

## II.

Allá en el mismo estrado, en calle engalanada,  
 Y en la puerta de linda mansion encantadora,  
 Con la muger que el alma me hechiza y enamora  
 Vi deslizar hoy tarde soberbia procesion.  
 Juntos despues de tantos y tormentosos dias  
 En plática de amores nos vió envidioso el mundo,  
 Y nunca fué mas casto, mas íntimo y profundo  
 El mágico embeleso de su divino amor.

Pasó, pasó la tarde y la naciente luna  
 Iluminó ese pátio que tiene tantas flores,  
 Bañando con su lluvia de nítidos albores  
 Su nacarino cuello, su rostro celestial.  
 Sonó acordada música y en sala primorosa  
 Juveniles parejas al baile se aprestaron,  
 Y en raudo vals cual sílfides fantásticas volaron,  
 Mariposas en brazos del céfiro galan.

¡Cuál la estreché á mi seno en éxtasis de gloria!  
 El vals debe bailarse con la muger querida.  
 ¡Cuán amorosa y lánguida, miróme embebecida,  
 Suspirar en sus brazos con célica embriaguez.  
 Cual luceros brillaban sus ojos de paloma,  
 Húmedos, soñadores; su púdida mirada  
 Con el amor castísimo del ángel impregnada,  
 Brindándome las glorias del suspirado Eden.

Al compas de la música girábamos en torno,  
 En silencio y llevados por fácil torbellino;  
 Placer jamas gozado, placer tal vez divino,  
 Sentido allá en el alma con seductor afan.  
 No era el delirio, el vértigo; entre el olor, las luces  
 Oyendo aquella música conmovedora y tierna  
 Era como un ensueño de la ventura aterna,  
 Revelacion incógnita de encanto perennal.

Deten, noche, tu tránsito, no apresurada cruces  
 El cielo y luzca pronto la arrebolada aurora,  
 Que nunca mas dichoso fué el mísero que llora  
 Por vez primera á impulsos de un íntimo placer.  
 Teneos, dulces horas de mágicos encantos,  
 Sigue brillando ¡oh luna! radiante y sosegada,  
 Que es completa mi dicha al lado de mi amada  
 Y nadie en este mundo tan venturoso fué.

Allá cruzar la miro llevándola en sus brazos  
 Galan que la requiere de amores con ternura;  
 Su gracia maravilla, cautiva su hermosura,  
 Impone su donosa tranquila magestad.  
 ¡Volad, volad con ella, mancebo enamorado.  
 Que al raudo movimiento del baile me acaricia  
 Con sus divinos ojos, mi gloria y mi delicia,  
 Y pronto esos delirios de amor me contará!

¡Bailad, lindas parejas, que es noche de placeres,  
 Reid, gozad contentas en danza animadora;  
 Que á cada cual en brazos de la muger que adora  
 Lo sorprenda en sus dichas el ya cercano sol!  
 Amor es el suspiro de la muger que anamos,  
 Amor es su mirada, amor su dulce acento,  
 Es amor su sonrisa, amor no mas su aliento,  
 Y entre fiore y luces la música es amor.



V.

AGONIA.

(Casa de Castro, Marzo 15 de 1853.)

Del lábio aparta, ¡Dios mio!  
Este cáliz de aficcion;  
¡Cuán agudo, cuán agudo  
Es mi insufrible dolor!  
Yo ví al ángel de la muerte  
Que sus álas extendió  
Sobre la pálida frente  
De mi Elodia, de mi amor.  
Devorada por la fiebre  
Media noche deliró  
Entre la vida y la tumba,  
Próxima á volar á Dios.  
Lloré, lloré de rodillas  
Y en plegaria de dolor,  
Enclavijadas las manos,  
Exhalé mi corazon.  
Durmióse al fin mi tesoro  
Y el primer rayo del sol  
Tal vez dibujó en sus lábios  
Una sonrisa de amor.  
Entreabriéndose sus ojos  
Mi nombre ella pronunció,  
Encendida cual la rosa.  
Angel santo del pudor.  
¡Dios mio! si ella muriera,  
¿Qué haria en el mundo yo?  
¡Dispon de mi amarga vida,  
Peró sálvala, Señor!

VI.

DIAS DE MUERTE.

[Guadalajara, Casa de los Hijeros, Abril 5 de 1853.]

I.

Oid la plática sencilla  
Que entablé con la que adoro.  
Amigo mio, ¿no vienes  
Esta tarde? y yo respondo:  
Hay toros de aficionados  
Y, aunque me placen muy poco,  
Iré.—Suspira. una lágrima  
Salta á sus divinos ojos;  
Presto deja la ventana  
Y me envía desde el fondo  
De la estancia una sonrisa  
Como un adios melancólico.—  
Bravas fieras se jugaron,  
Valientes y alzados toros,  
Y hubo ginetes heridos,  
Y murieron vários potros,  
Entre el aplauso del pueblo  
Y los gritos de alborozo,  
Y la ebriedad entusiasta  
De un público casi loco.  
Se dió el caso en que algun bicho  
Bermejo, ¡válme, qué enojo!  
Envuelto en humo escarbara  
La tierra y, con fiero soplo,  
Cubriera el gigante circo  
De densas nubes de polvo,  
Dando corage á los bravos  
Y á los cobardes bochorno.